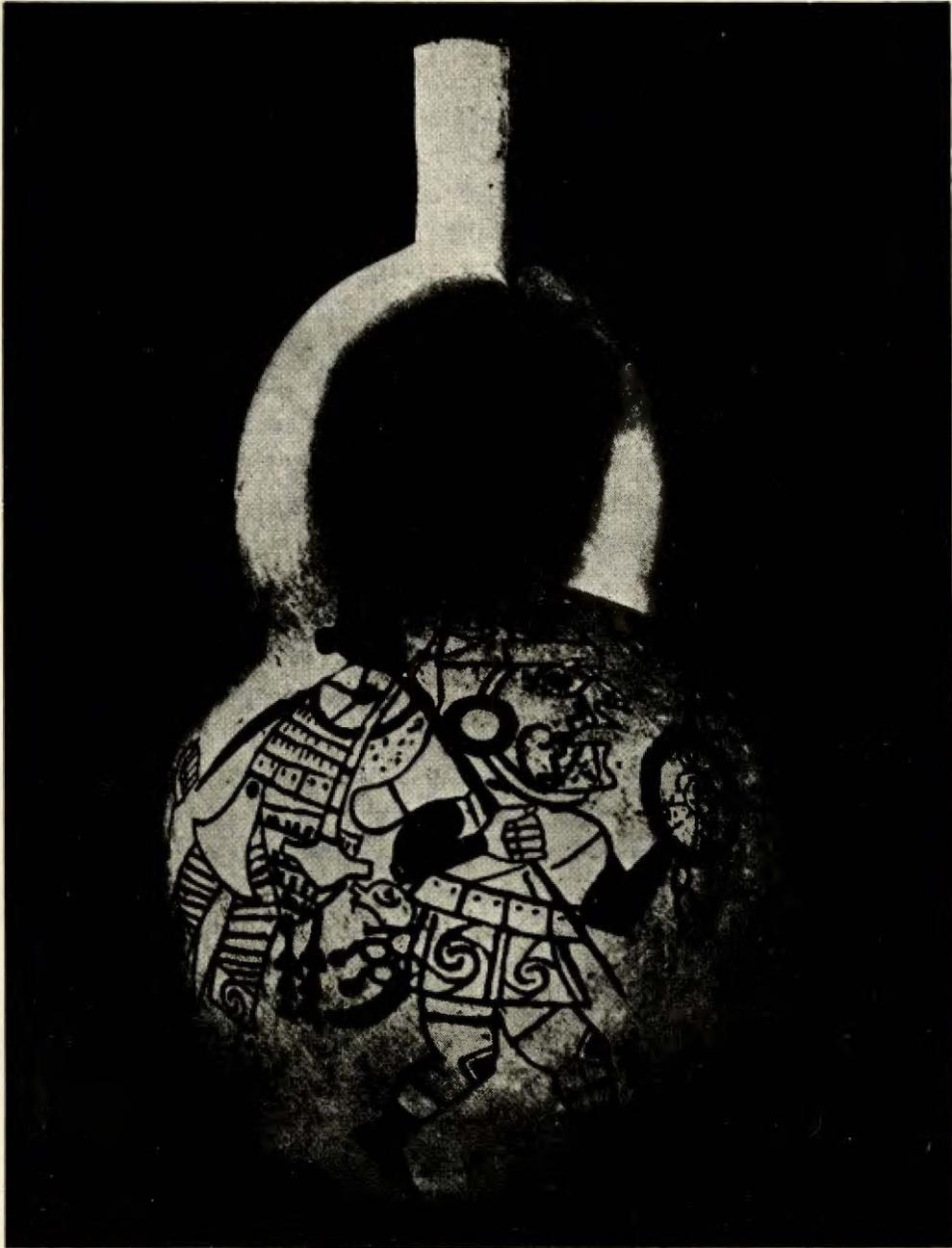


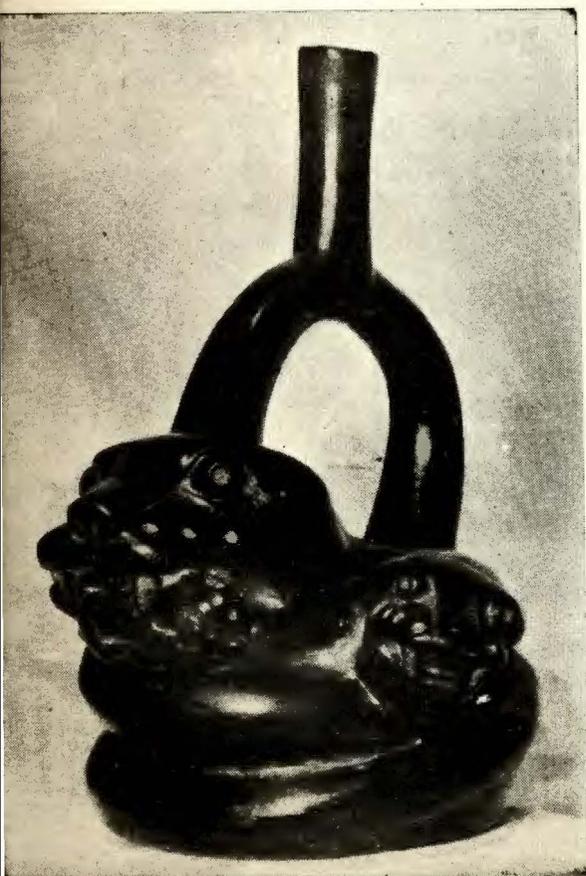
LOS HUACOS DE NASCA



Vaso de tierra cocida del Valle Chicama, Perú. Fondo blanco, decoración roja. Una persona sentada estrangulando un monstruo con cabeza humana.—Museo del Trocadero, París.—Colección Segreston.



Idolo jaguar.—Alfarería Muchik. 2.ª época.
Museo Arqueológico Peruano,



Dos serpientes enroscadas, una devorando un pez.

Las cerámicas de Nasca se caracterizan, además de sus formas genuinas (1) por sus representaciones pictóricas. El artista adorna sus vasijas y sus platos con ornamentaciones geométricas de una originalidad y variedad que sorprende.

Dichas representaciones u ornamentaciones que cubren la superficie exterior de las vasijas, ostentan, a la vez que la variedad de sus dibujos, la de sus colores; y los colores se hallan distribuidos y contrastados con una riqueza de tonos y de matices que producen la más grata visión. Pero no es sólo ornamentación geométrica la que ostenta el cántaro de Nasca; muestra a la vez una gran riqueza de decoraciones fauna y floriformes. Son los frutos de la región, los pepinos, los frejoles, las mazorcas de maíz, las perillas silvestres, las que se ostentan, formando en series, bellísimos listones. Son también las aves y los peces con representaciones realistas admirables o con estilizaciones cada vez más simples, las que forman las bandas de las grecas. Por fin, es la cabeza humana la que muestra en las bandas la naturalidad más sorprendente concluyendo por estilizar el rostro humano, hasta simplificar el complicado dibujo de la cabeza y del rostro particularmente, representándolo con unas cuantas rayas cruzadas y tres puntos que traducen los ojos y la boca.

Mas todas estas decoraciones de los cántaros de Nasca no son aún las más apreciadas por el artista, su desbordante fantasía y su genio, los puso principalmente en la representación de sus mitos antropomorfizados y de sus totémenes.

El indio de la costa peruana profesó desde remotos siglos, probablemente desde la época en que, inmigrante y autóctono, sufrió la influencia del medio donde vivía, profesó la adoración al mar (2). El mar fué objeto de su culto y de sus más fervientes invocaciones. Influyó para esto la impresión que le produjo la vista del vasto elemento y los misteriosos fenómenos y efectos que se desarrollan en él.

Cuánto asombro nos causa contemplar el inmenso océano en eterno movimiento, produciendo, el rudo azotar de las olas, un rugido uniforme, pero a la vez poderoso y solemne. ¡Cuánta admiración los efectos de la luz del sol naciente, rizando las espumas de las olas en el azul de la aurora, olas que alargan sus blondas de espuma, mostrando, según la feliz expresión del trágico griego, «las dulces sonrisas del día que amanece», y cuán imponente la sublime majestad del sol aureolado en los crepúsculos multicolores, hundiéndose en el fondo de las aguas, allá en un infinito horizonte, y haciendo rielar los rayos de su luz sobre las ondas agitadas que braman al acercarse las tinieblas!

El hombre primitivo experimentaba aún más que nosotros, los iniciados en las leyes de la naturaleza, las más profundas emociones, ante la contemplación del mar infinito y rumoroso.

(1) «Formas y caractere de la Cerámica de Nasca». *Revista de Arqueología*, t. I. trim. I.—Lima.

(2) Carancha, *CRÓNICA MORALIZADA.—La Religión de los Indios de la Costa*. Lib. II. p. 317.

¿Y los misterios de su seno? ¿Y todo ese mundo de seres invisibles que se revelan, de cuando en cuando, en la variedad infinita de sus formas? La fauna y la flora marinas produjeron seguramente más de una sorpresa al hombre primitivo. El pez de tamaño inferior que cruza las ondas en miríadas; el feroz tiburón, la serpiente marina de aspecto repugnante; el crustáceo enorme, el lobo marino, el pulpo amenazante, y los miles de peces de tamaños y formas variadas hasta lo infinito, ¡cuánta admiración y cuánto espanto!

Era además el océano el camino fácil para sus correrías. El indio del litoral peruano, salvaba los espacios, los desiertos de la costa árida, atravesando en sus *caballitos de totora* (3) las más grandes distancias; y así seguramente estableció sus relaciones comerciales. El mar fué, como hasta hoy, el camino fácil y cómodo que unió los valles y relacionó a los pobladores del litoral, de establecimientos tan esporádicos. Por fin el océano, sobre impresionar su imaginación con los fenómenos que ofrece y con los seres que encierra, le prestaba alimento y lo salvaba del hambre, cuando la ingratitud de la tierra no le ofrecía copiosas cosechas. Los primeros habitantes de la costa del Perú fueron ictiófagos, más tarde su principal ocupación, la pesca, les produjo alimento bastante para suplir las deficiencias de una mala recolección. El mar fué por eso el elemento que provocó su admiración y su reconocimiento. Lo supuso un ser superior e invisible, y la representó con un símbolo que ofreció los atributos característicos del elemento líquido.

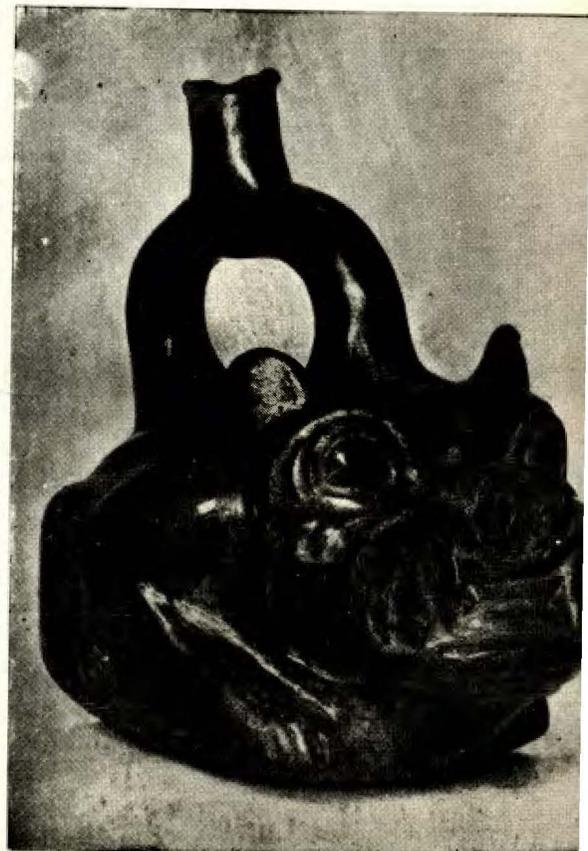
Los alfareros nasquenses, traduciendo la creencia común, fabricaron, para servicios de culto, seguramente, y para fines rituales en el culto de los muertos, una serie de vasijas y platos en que se ofrecía la imagen del *dios mar* con los más grandes atributos. Como ocurre siempre en las representaciones místicas, en objetos del culto tiene siempre una representación real y naturalista: el agua es un pez; la tierra es un reptil; el aire, una ave; el fuego, una serpiente o una llama; poco a poco, se unen en estas representaciones naturalistas manifestaciones de atributos magníficos; semejantes manifestaciones que ya son símbolos, acaban por convertirse en caracteres esenciales, la figura primaria se esfuma lentamente y conserva sólo las formas más fundamentales o los rasgos más característicos, iniciándose entonces la representación simbólica y la estilización. El mito estilizado se ofrece con las formas más simples, y concluye por convertirse en uno o más caracteres idiógráficos. Así el triángulo de los gnósticos fué en sus orígenes, la *Trinidad* cristiana, antes había representado la *Triada* egipcia, que juntaba a Osiris, Isis y Horus entrelazados, y que concluyó por tener una estilización geométrica en las escuelas esotéricas.

(De «El Simbolismo en los Huacos de Nasca», de HORACIO H. HURTADO).

(3) Llamam así hoy los indios del litoral a unos haces de enea o de totora que flotan en el agua y sobre los cuales se aventuran en el mar.



Cabeza humana.—Alfarería Muchik, 2.ª época.
Museo Arqueológico Peruano.



Sapo.—Alfarería Muchik, 2.ª época.



Cabeza de Puma.—Alfarería Muchik, 2.^a época.